

HACIA DÓNDE VAMOS: 3 DILEMAS DE NUESTRA OPCIÓN EDUCATIVA

Jorge Cela S.J.

Coordinador Red de Centros Loyola - Cuba

Al hablar de por qué la Iglesia tiene interés en participar en la educación, el Proyecto Educativo de la Iglesia Cubana cita una frase del ENEC: “animada por las motivaciones del amor cristiano, no por espíritu competitivo, ni por la de un prestigio social más o menos reconocido”¹. Esta declaración de nuestra motivación nos dice algo sobre nuestro horizonte.

1. PRIMER DILEMA: ¿EDUCACIÓN CATÓLICA O CATÓLICOS EN LA EDUCACIÓN?

El sentido de nuestra labor educativa lo encontramos en las palabras de Jesús: “Ustedes son la sal de la tierra”². La sal tiene siempre vocación de minoría. Un poquito basta para darle sabor a la comida. Si le ponemos de más la dañamos, queda salada. Y no se trata de que la comida sepa a sal, sino que haga salir los sabores que están en la olla. Si los seguidores de Jesús somos la sal de la tierra, quiere decir que nuestra misión es hacer salir los buenos sabores de los espacios en que estamos. No es que sepan a católico, sino que sean buenos. Al entrar en la educación queremos que ésta sea mejor, para bien de todos los que participan en ella. No para que terminen en la catequesis, o para usarla para predicar lo nuestro, ni para ganar prestigio social mostrando que lo nuestro es mejor.

La nueva Constitución propuesta para votación reafirma que somos un Estado laico. Como dicen los Obispos en su carta pastoral, el Estado laico es para sociedades plurales como la nuestra, y como todas las sociedades modernas, en donde la diversidad de creencias exige respeto, apertura y libertad para reconocer a todos sus derechos de vivir según su conciencia³.

En el Estado laico los diferentes grupos tienen derecho a tener espacios propios para las actividades de su grupo. Así también la Iglesia católica puede tener educación católica para los católicos. Pero cuando entran en el espacio del bien común, lo que llamamos el espacio público no estatal, su servicio es para todos.

El primer dilema que tenemos que resolver es: ¿hacia dónde vamos: hacia una educación católica o hacia una presencia católica en la educación cubana? Por supuesto que ambas cosas no son contradictorias. No se trata de escoger entre el bien y el mal. Ni siquiera son excluyentes. Se pueden hacer ambas cosas. En el pasado hubo escuelas católicas y presencia de muchos católicos en la educación. Pero conviene aclararnos hacia dónde estamos caminando, qué nos pide la realidad cubana actual con más fuerza.

¹ Comisión Nacional de Educación Católica, Proyecto Educativo de la Iglesia Católica en Cuba, La Habana 2011, pag. 8, n. 4.

² Mateo 5,13.

³ Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, Mensaje de los Obispos Católicos Cubanos, 2 febrero 2019., nn. 8-11.

Al discernir tenemos que tener presente el giro que la Iglesia cubana dio con el ENEC, de una Iglesia cerrada sobre sí misma como defensa ante un mundo hostil a una Iglesia misionera, lanzada hacia un mundo plural, que reducía su hostilidad, pero aumentaba su desconocimiento de la Iglesia. Una Iglesia en salida, como la llama el Papa Francisco.

2. SEGUNDO DILEMA: ¿COBERTURA O CALIDAD?

Cuando nos auto-percibimos como sal no tenemos que preocuparnos por acumular mucha sal, sino preguntarnos qué estamos cocinando. ¿Cuál es el resultado que queremos obtener? La educación es para formar los ciudadanos y ciudadanas de mañana, e incluso los de hoy, pues no se limita a niños y jóvenes. Por eso a cada educador o educadora nos toca construir la Cuba que soñamos en la parcela que nos toca: estos educandos y educandas. La nueva Constitución, aunque más tímidamente de lo que nos gustaría, reconoce que en la educación también “tienen responsabilidad la sociedad y las familias”⁴. Si tienen responsabilidad quiere decir que no son meros receptores, sino que pueden opinar y colaborar activamente. No podemos ser responsables de algo en lo que no tenemos parte alguna.

Si somos responsables tenemos que comenzar por preguntarnos qué educación queremos. El P. José María Vélaz, SJ, fundador de Fe y Alegría, afirmaba que “no podemos ofrecer una pobre educación a los pobres”. La justicia social comienza por ofrecer una misma calidad de educación para todos⁵. Queremos, “con todos y para el bien de todos”, que diría Martí, que todos los cubanos y cubanas tengan acceso no a cualquier educación, sino a una educación de máxima calidad. Y ahí viene el segundo dilema: ¿Qué es educación de calidad: una educación que transmite conocimientos o una educación integral que forma la persona para vivir en sociedad? ¿Lo importante es cuántos o cómo?

Tenemos que comenzar por preguntarnos qué sociedad soñamos. Y construir la educación como camino para formar el hombre y la mujer de esa sociedad. Indudablemente en la “sociedad del conocimiento” tienen que ser personas que dominen las ciencias y la tecnología. Pero no queremos un mundo de máquinas, sino de personas. Por tanto, tienen que tener la riqueza de las humanidades y las artes.

Las nuevas tecnologías nos permiten el almacenamiento de más datos que ningún cerebro humano fue capaz de almacenar. Luego la capacidad de memoria ya no es tan importante. Sí lo es la relación entre los datos, su combinación; la creatividad para producir nuevas combinaciones; la estrategia para que la innovación sea en orden a una vida mejor; la capacidad de comunicar de forma que se creen redes de interacción, que no sean un simple intercambio de información o formas de manipulación y control, sino expresiones de afecto que generen fraternidad y paz. Tenemos que aprender no para competir, sino para compartir; para saber cómo armar relaciones inclusivas, no basadas en el combate y la exclusión.

Ante un mundo que nos multiplica las opciones, debemos enseñar a discernir con criterios que nos permitan vivir en una libertad orientada a la construcción del sentido. Que los criterios no sean sólo el

⁴ Artículo 73.

⁵ Comentario a la Asamblea Educativa de Bogotá, 1975, en Joseba Lazcano, Palabras de Fe y Alegría, Fe y Alegría, Caracas, 2005, pág. 32.

tener, el placer o el poder; sino estén orientados a la búsqueda del servicio, el amor y la paz como expresiones de la felicidad.

Que la autoestima y la afirmación de la persona no nos lleven a un egocentrismo narcisista, sino a la integración de la persona en la comunidad.

Que el avance de la ciencia y la tecnología no nos lleve a la depredación de la naturaleza, sino que descubramos nuestra profunda identidad con nuestro entorno.

Y para estos aprendizajes lo más importante no son las nuevas tecnologías, ni la acumulación de teorías, ideologías y saberes, sino la calidad de la persona humana como sujeto de una historia compartida, que en la interacción con otros aprende y educa.

El segundo dilema a resolver es qué entendemos por calidad de la educación, si la que busca acumular competitivamente más conocimientos al modelo de las sociedades que buscan la acumulación de poder, haber y saber, o la que descompone en redes donde se comparte y se aplica lo aprendido para transformar la vida en un mundo más humano y solidario. La solución de este dilema tiene importantes consecuencias en la estructuración de la labor educativa

3. TERCER DILEMA: ¿MASAS O ÉLITES?

Finalmente, la tercera pregunta es la de la justicia social. Si la educación es un derecho y no un privilegio, todos y todas, sin importar sexo, raza, religión, o preferencia política, tenemos derecho a educación de igual calidad, a una educación inclusiva. Por lo tanto, no se trata de buscar que la mía sea la mejor, sino que todos y todas tengamos la mejor educación. Y por eso tenemos que pensar en la socialización de las buenas prácticas educativas, en la capacidad de masificar los logros, en la educación pública dirigida al bien común por encima de la educación privada orientada a privilegiar ciertos grupos en la convivencia social.

Necesitamos cambiar el modelo de liderazgo, unipersonal, autocrático, por uno democrática y compartido, no basado en el poder arrollador, sino en el consenso creado desde abajo. Y eso tenemos que aprenderlo. Necesitamos una educación que prepare para este nuevo tipo de liderazgo colectivo y nos enseñe los mecanismos para hacerlo funcionar en la sociedad. Una educación que rompa con el autoritarismo y la monotonía de cerebros fabricados en serie para renunciar a la libertad de pensar a cambio de pan y circo.

Necesitamos comunidades que no se asusten con el cambio social, la identidad de género, el riesgo al fracaso, las nuevas tecnologías, la libertad, y muchas otras novedades de nuestro tiempo. Comunidades con criterios claros y amor ardiente que les permitan remar mar adentro en los mares agitados de nuestros tiempos.

Tenemos que apostar por una educación de masas que las personalice en vez de por una educación de élites que gregarie. Porque los liderazgos que construyen Reino son los que tienen olor a oveja.